

¿Puede continuar la confrontación cultural sin reconocer los cambios operados en la cultura cubana durante los ochenta?

Este ensayo adelanta la tesis de la conformación de un nuevo sistema cultural, luego de exponer el programa de Santa Fé II y defender las concepciones teóricas de Antonio Gramsci

Recientemente, los círculos intelectuales latinoamericanos han debatido con cierta intensidad las bases programáticas del Documento de Santa Fé II. En este se refleja el criterio de una fracción del poder republicano y no puede ser comprendido como una estrategia de la actual administración norteamericana, sino como un conjunto de recomendaciones para la política de los Estados Unidos hacia América Latina.

En términos generales, ya se han trazado en Cuba líneas de respuesta a la esbozada política cultural norteamericana. Lo que interesa a este ensayo, sin embargo, es establecer una reflexión al interior de la propia movilidad de la cultura cubana y del espacio obtenido dentro de esta, por un sistema cultural sobre el que actuaría hipotéticamente, la alternativa norteamericana en los años 90.

I

"...el problema subyacente es de carácter cultural..." Santa Fé II.

La cuestión de la cultura en el Documento está relacionada con el sistema de valores, mediante el cual los Estados Unidos procurarían incorporar en América Latina la lógica de su sistema político. Por esta razón, acude a aquellas regiones de la cultura más próximas a la ideología y destaca extraordinariamente la presión que puede ejercer los medios de difusión.

El principal obstáculo para incidir en estas formaciones socioculturales está en lo que han llamado "la ofensiva cultural marxista" fortalecida a raíz de la creciente influencia gramsciana en el pensamiento latinoamericano.

Antonio Gramsci se convierte en el enemigo fundamental— y aquí me veo obligado a realizar un desglose muy sintético —por tres razones fundamentales:

1. El pensamiento de Gramsci es estatista.
2. Propone que los marxistas sean capaces de crear los valores comunes hegemónicos de la cultura nacional, de modo que se haga conciente un proceso hasta entonces relativamente espontáneo en la historia de la humanidad.
3. Reconoce a la red de valores en una sociedad como el elemento de mayor importancia, que puede situarse por encima de la economía, a contrapelo de las racionalidades economicistas ortodoxas (de corte liberal o marxista).

En ese sentido Estados Unidos intenta dar continuidad, sólo exponiendo simple-

mente los razonamientos de Santa Fé II, a una fracasada doctrina económica (neoliberal), pero a través de los gobiernos civiles que sustituyen a las dictaduras que permitieron el ensayo monetarista.

Santa Fé II estima que los intelectuales han tenido siempre una función protagónica en las revoluciones latinoamericanas y deben ser un centro de atención en la futura política republicana. Luego de disponer algunas fórmulas hacia el régimen político, al estilo democrático liberal imperante en el cono sur pos-dictatorial, el Documento enfatiza:

El desarrollo de la política cultural es decisivo para el apoyo de Estados Unidos a los esfuerzos latinoamericanos por mejorar la cultura democrática. Es necesario combatir el esfuerzo gramsciano por socavar y destruir la tradición democrática mediante la subversión y la corrupción de las instituciones que simbolizan o mantienen esa tradición.

Finalmente, el pliego de propuestas reconoce la penetración a través de los medios al agente fundamental para obtener resultados favorables a la política norteamericana. "La USIA —nos dice el Documento es nuestra agencia para librar la guerra cultural".

II

Seleccionemos algunos aspectos conceptuales que aparecen o subyacen en el Documento de Santa Fé II. Resulta irónico que Antonio Gramsci (1891-1937), quien ha resultado tan incómodo a las corrientes más escolásticas del marxismo sea declarado hoy el enemigo público número uno para el establecimiento de la política cultural por el país imperialista más poderoso de la tierra.

¿Por qué, precisamente, un hombre que vivió la mitad de su vida en las mazmorras del fascismo italiano vuelve desde la penumbra al centro del debate y toma por sorpresa a la intelectualidad latinoamericana (que pensaba conocerlo de modo absoluto) y a la intelectualidad cubana (que lo ignoraba en sentido diametralmente opuesto)?

Incuestionablemente, Gramsci es en nuestros días, por encima de todos los marxistas de este siglo, el pensador que más diversidad de lecturas ha provocado y el que ha alimentado las bases teóricas de los

espectros más amplios de posiciones en el movimiento socialista. En él se reconocen radicales connotados de las nuevas izquierdas; movimientos moderados de la socialdemocracia; el eurocomunismo; doctrinarios de los nuevos sujetos sociales; representantes de numerosas organizaciones armadas; teóricos del pacto social y los sociólogos afiliados a las tesis de la posmodernidad. No hay un estudioso respetable sobre la ideología y el Estado en la actualidad que no manifieste su deuda con el pensador italiano. El concepto gramsciano de hegemonía abrió todo un campo en la teoría marxista en el que se reconocen Louis Althusser, Etienne Balibar, Nicos Poulantzas y Jürgen Habermas, entre otros. Pocos avanzaron como él en las reflexiones sobre la cultura, los valores y el lugar de los intelectuales en la sociedad. Pero no es el Gramsci de la multiplicidad quien ha sido declarado el obstáculo principal. Es, sobre todo, el Gramsci de la radicalidad. Puesto que, siguiendo a Gramsci, se hace posible el arribo del imperio conciente de los hombres sobre la inconciencia que persigue (de manera tradicional y conservadora) el Documento en cuestión. De ahí que el fundador de L'Ordine Nuovo aparezca acusado de estatismo y suerte de Mefistófeles anti-democrático. En realidad, Gramsci no fue, exactamente, un estatista. Fue, esencialmente, un teórico que propuso un modelo distinto y transitorio de Estado en consecuencia con el marxismo clásico que le precedió. A diferencia de Stalin, que secularizó exageradamente el fortalecimiento del Estado, a Gramsci le debemos una pregunta cardinal:

"¿Se quiere que haya siempre gobernantes y gobernados o bien se quiere crear las condiciones para que desaparezca la necesidad de la existencia de esa división?"

Hasta aquí Gramsci. Tanto en la Antología de Manuel Sacristán, como en las ya clásicas Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el estado moderno y El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce puede encontrar el lector un sistema de pensamiento sorprendente, original y extraordinariamente dialéctico. Entremos en la cultura cubana de estos días.

III

"Los socialistas no tienen que sustituir un orden por otro. Tienen que instaurar el orden en sí" A.G., 1917.

En la década del 90 probablemente quede reafirmado un fenómeno de trascen-



dental importancia, que comenzó a demostrarse en el transcurso de la presente década: **La cancelación de la etapa demostrativa en la cultura cubana.**

Se impone progresivamente otro modo de creación intelectual, **ontológico**, el cual basa su criterio dominante en el ser de la cultura, en contradicción con el **debe ser** que reinó (con sus variantes) desde la vanguardia hasta los años 60.

Los 80 han producido una cultura que he denominado **disonante**, la cual no ha tenido una explicación consecuente en los ordenes teóricos, históricos o políticos. Si los 70 parecían navegar sobre un universo homogéneo, los 80 han expuesto problemas subyacentes muy importantes y de seria conflictividad. Esta nueva promoción intelectual se está conformando como un **sistema cultural**, con vida propia dentro de la cultura cubana, con sus niveles de representación y un incipiente esbozo de los intereses en construir su hegemonía. ¿Cómo insertar esta etapa de la cultura cubana en el debate intelectual que se avecina?

En cierto sentido, parecería que la nueva intelectualidad, por su esencia misma, rehúye de la polémica que los Estados Unidos proponen. En primer lugar porque el propio Documento no se ocupa de los cambios en la cultura cubana contemporánea. Ha diseñado un proyecto para la intelectualidad **que conoce**, la misma que ha conducido tradicionalmente el debate. Entre otras causas porque existe la seguridad de una cuestión fundamental: **habrá una respuesta.** Quizás la pregunta sería si la principal respuesta de Cuba debe radicar, precisamente, en **no dar ninguna respuesta.**

No corresponde (al menos en el momento actual de la cultura cubana) ripostar a un programa que no ha podido convertirse en estrategia. Antes bien, se debe **crear un proyecto propio** con pautas estratégicas de corto, mediano y largo plazo. Es el momento de abandonar en la cultura la paranoia que nos conduce a una actitud defensiva. Hasta el presente hemos sido polos opuestos de un mismo eje. Ahora se trata de cambiar el eje.

En el debate intelectual de los últimos años las polémicas han diferenciado claramente sus contenidos ideológicos pero no sus contenidos culturales. (En varias ocasiones intelectuales enfrascados en la controversia —revolucionarios y disidentes, de izquierda y de derecha— forman parte de un mismo código estético y un mismo movimiento artístico.) En estos

debates, por supuesto, se ha conocido una parte inapreciable del arte de la Revolución, así como las posibilidades que ofrece el modelo de transición cubano en la cultura. Pero, del mismo modo, es importante cobrar conciencia de la poca incidencia que tales polémicas han tenido al interior de la cultura cubana y el escaso lugar que han merecido en nuestros medios de comunicación. Incluso, de esas polémicas que hoy consideramos deben ser cambiadas, hemos aprendido muy poco.

Si me he apropiado de la lógica cultural observada en la nueva generación —y que tiene puntos de contacto con otras promociones anteriores cuyos sistemas culturales no lograron, por lo general, hacerse hegemónicos— no se debe fundamentalmente al hecho de formar parte de la misma. Sino, y ante todo, a que toda la propuesta del Documento está encaminada a los años 90, década en que estas generaciones se aproximarán a su madurez intelectual. Basados en el supuesto éxito de Radio Martí, la ampliación de las transmisiones hacia Cuba aparece como el objetivo fundamental en el plano de la cultura. Si Radio Martí tuviera solamente el 10% del éxito que los norteamericanos le atribuyen, ese sería un índice preocupante y demostrativo de los niveles culturales de la población cubana. Se imponen cambios inaplazables que competen, evidentemente, a la parte política. Digámoslo de una buena vez: sin una ampliación en los medios de información; sin una reorganización de la enseñanza; sin apertura de la prensa hacia estudios de fondo; sin la promoción consecuente de nuestros verdaderos valores culturales; sin el acceso de la intelectualidad más lúcida a la televisión y los medios restantes; sin un tratamiento científico de la ideología no podremos confrontarnos, ni con un documento tan trasnochado como Santa Fe II

Un aspecto central a tener en cuenta es, ciertamente, si son adecuados los límites internos planteados por nuestra política cultural en momentos de una explosión artística como la que nutrirá la última década del siglo.

Hasta ahora, la libertad de creación se ha planteado en los siguientes términos: **contra el dogmatismo y contra el liberalismo.** Esta pauta, planteada en defensa de la libertad creadora, ya no parece viable. Por el contrario, es una presentación tautológica del asunto. Toda doctri-

na, cuando envejece se le reconoce por el siguiente signo: **se vuelve dogmática.** El liberalismo ha sido superado histórica y culturalmente, recuerdo que José Martí trascendió, por negación, sus límites. En la transición sólo actúa como un **dato**, un punto de **partida-negación.** Si en la revolución de carácter burgués actúa como idea-límite, en la revolución proletaria lo hace como idea-mínimo. Quiero decir, en fin, que el liberalismo ya dio de sí y por tanto es también un dogma. "Dogmáticos" y "liberales" se unen en su fracaso histórico y en su formulación ortodoxa. **La libertad de creación en la cultura cubana se enfrenta entonces al dogmatismo, cualquiera sea la escuela que lo siga.**

La cultura contemporánea cubana se ha convertido en un espacio de ampliación democrática que desborda los contornos asumidos por el arte y la Creación intelectual en la Revolución. Se manifiesta como un instrumento de **comprensión, reproducción y transformación del sistema social.** (Canclini) y funciona como un medio de **legitimación, conservación y oposición** —según el caso— de los distintos sectores y capas de la sociedad cubana.

Aunque no es posible evaluar todavía las complejidades de la intelectualidad que se forma en los 80 —con sus alcances, limitaciones, perspectivas— lo cierto es que merecen una mayor atención por parte de la vanguardia política y menor grado de paternalismo.

Se trata de reconocer el lugar que han obtenido como sistema cultural en gestación. Razones sociales, demográficas, geográficas y las proposiciones más consecuentes de estas generaciones en cuanto a la función del intelectual y de su obra pueden resultar hegemónicas a la vuelta de una década si participan en igualdad de condiciones dentro del todo global que se conoce como **cultura cubana.**

Es imprescindible volver sobre esto: no aceptar las reglas del debate actual no significa abstenerse. **Significa debatir de otra manera.** Profundos cambios en la cualidad de la cultura se están produciendo. La comprensión de una nueva confrontación hacia el exterior ha pasado por una diferente comprensión del lugar que ocupa la cultura entre nosotros mismos. La época demostrativa de la cultura cubana ha caducado. Y de la caducidad al carácter conservador sólo media la conciencia de un fin inminente. ■ ■ ■ ■